



XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado” “Denles ustedes de comer”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Jeremías 23,1-6; Efesios 2,13-18; Marcos 6,30-34

La lectura del evangelio de Marcos nos sitúa en el contexto amplio del envío de los discípulos (6,7-13). Ahora han regresado a reencontrarse con Jesús, “y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado”. Escena muy propia de los discípulos, que con confianza y alegría comparten con el Maestro aquella su primera experiencia pastoral. Ya antes se nos había contado un resumen de lo que habían realizado: “predicaron que se convirtieran, expulsaban a muchos demonios y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (6,12-13). Fundamentalmente lo que habían visto hacer a Jesús, de él lo habían aprendido: anunciar la cercanía del Reino de Dios y hacer el bien, liberando y sanando. En ese “le contaron todo” no faltarían las pequeñas anécdotas de buena acogida, ni las dificultades experimentadas por su propia limitación o por la indiferencia de la gente. De todas formas, “reunirse con Jesús y contarle todo” es una buena sugerencia para nuestro diálogo y oración de discípulos.

Jesús los acoge, invitándoles a compartir juntos un momento de intimidad: “Vengan también ustedes aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco”. Un rasgo muy humano y peculiar de la relación de Jesús con los discípulos. No todo es actividad y trabajo; también el descanso compartido con el Maestro forma parte de la relación tan humana que Jesús mantiene con los suyos. A los Doce los había elegido “para que estuvieran con él y enviarlos a predicar” (Mc. 3,14). De eso se trata ahora: “estar con él”, disfrutar de su presencia y amistad. El “discipulado misionero” no es una profesión o un trabajo especializado; es en primer lugar una experiencia de relación personal, de amistad y de seguimiento. “Ustedes son mis amigos”, les confiará más adelante (Jn. 15,14). Y la amistad se cultiva y desarrolla en momentos de cercanía y de comunicación mutua y confiada. La oración, así entendida, es expresión constitutiva y necesaria de la condición del discipulado.

* Ciclo A

“Pero los vieron marcharse”. La gente quería estar con Jesús, sabía que era bueno estar cerca de él. Sus enseñanzas y, quizá más, sus acciones de bondad y sanación les hacían sentirse contentos y en seguridad. Lo buscan y hasta se adelantan. “Al desembarcar, vio mucha gente y sintió compasión de ellos”. La “compasión” constituye un rasgo peculiar de Jesús ante las situaciones y condiciones de vida que descubre en su cercanía a la gente. En los evangelios se expresa frecuentemente con un verbo que denota una conmoción profunda - “desde las entrañas”- ante lo que otras personas o comunidades viven y sufren. No es simplemente lástima o preocupación, es sentirse hondamente afectado y conmovido, un sentimiento que no deja indiferente y reclama una acción que responda a la necesidad sentida.

El texto especifica el motivo. Jesús se conmueve al ver tanta gente que le espera “porque estaban como ovejas sin pastor”. La expresión y la metáfora eran bien comprendidas en aquella cultura agraria en la que todos conocían lo que era un rebaño de ovejas y lo que significaba la tarea del pastor. Con buen tino se ha escogido la primera lectura, tomada del profeta Jeremías. Yahvé se lamenta de la falta de buenos pastores - “las empujaron y no las atendieron”- y decide poner otros “que las apacienten”, que guíen y se preocupen de la vida de las ovejas, la gente de su pueblo. Es un asunto muy personal para Dios: “Yo recogeré el resto de mis ovejas... y pondré al frente de ellas pastores que las apacienten”. De manera más precisa, y ya sin la metáfora del pastor, el profeta promete “un rey prudente (que) practicará el derecho y la justicia en la tierra”, como condición para que su pueblo se sienta salvo y seguro. Jesús, que va conociendo bien la situación de su pueblo, empobrecido y desorientado, por el dominio del Imperio romano y por el abandono de sus autoridades, se siente profundamente afectado y comprometido. A falta de pastor auténtico, descubre y va asumiendo su misión. A continuación, vendrá, a la manera de una acción eficaz y ejemplar, el relato de su intervención para promover la solidaridad y así remediar la necesidad y el hambre de la gente (Mc. 6,37-44). La enseñanza en torno al cuidado de Dios por la vida de su pueblo, lo que él formulaba en términos de “Reino de Dios”, deberá ir acompañada de una atención a los problemas del abandono y del hambre, suscitando en la gente una nueva actitud: la disposición para compartir lo que –aunque sea poco- se tiene.

En el evangelio de Juan, explícitamente él se proclama: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas”. Dando cumplimiento a la promesa de Jeremías, precisa: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Se diferencia de los “asalariados”, que son “ladrones y salteadores”, que “no vienen más que a robar, matar y destruir”. (Jn.10,8.10-11). Los criterios para discernir entre los “buenos pastores” y los “asalariados” son claros y siguen vigentes. Nos permiten distinguirlos tanto en el campo político como en el religioso. La crítica no se quedaba en dar palos al aire; tenía destinatarios muy precisos, a los que la gente reconocía. Ellos mismos también lo entendieron y fueron los que se decidieron a eliminarle. Se cumplía así también el destino del verdadero profeta.

La lectura de la carta a los Efesios no nos desvía del tema. “Él (Cristo) es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad”. El

autor de la carta se refiere directamente a judíos y paganos, entre los que la religión establecía un muro divisorio, que Cristo por su muerte derribó. La división y la enemistad -y el desprecio!-, están presentes hoy en otros aspectos: ideológicos, sociales, económicos, culturales, raciales, orientación sexual..., que nos impiden reconocernos como iguales y hermanos. La guerra sigue siendo su más cruel y escandalosa expresión. La “paz de Cristo” es un llamado urgente a considerarnos como un solo pueblo, “un solo Hombre nuevo” o, mejor, una sola Humanidad nueva. No se trata de ignorar idealistamente las divisiones y las diferencias, que de hecho existen, sino de asumirlas como un desafío a superar con decisión, y con actitudes y prácticas de reconocimiento, de escucha y de respeto. Lo que podemos aprender de esta lectura es que quienes por el bautismo estamos “en Cristo Jesús” no podemos ser indiferentes ante los “muros divisorios, la enemistad” que se han ido levantando entre naciones y pueblos. Por el contrario, estamos llamados a denunciarlos y derribarlos con razones y palabras, sobre todo, con nuevas actitudes y prácticas de fraternidad y de justicia.

La lectura termina diciendo: “Por él, unos y otros, tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu”. La espiritualidad cristiana, acogida del “misterio” de Dios –Padre, Hijo, Espíritu Santo- no es de ninguna manera evasión de la realidad histórica que vivimos en este mundo, con todos sus desafíos y conflictos. Es más bien una peculiar manera de estar activamente presentes, junto con muchos otros, compartiendo situaciones, cuestionando proyectos y formas de poder que generan enfrentamientos, opresión y pobreza, he intentado transformar esta sociedad injusta y cruel en otra más fraterna y humana, acercándonos a lo que Jesús llama y propone como “Reino de Dios”.